

## Prácticas simbólicas de Jesús de Nazaret

· **SERGIO CÉSAR ESPINOSA G.\***

· **SERGIO SÁNCHEZ I.\*\***

### RESUMEN

**S**e busca reinterpretar las acciones de Jesús desde la simbólica porque recuperan lo pequeño, lo que ha estado de menos y que es reclamado por un mundo en busca de equilibrio entre la razón y "lo otro" de la razón. Ante el universo de posibilidades, se opta por abordar sólo tres prácticas simbólicas de Jesús: el silencio, los gestos de cercanía y las comidas. Estas acciones son otras tantas propuestas a favor de la comunidad, de la vida, de la profundidad de sentido, de la dignidad de las personas, al tiempo que hacen una sutil, pero severa crítica de aquello que niega al otro, que lo orilla a vivir en la superficie, que le relega de su condición humana y le condena a una condición infrahumana (la simbólica contra la diabólica).

\* Hizo sus estudios de Teología en el Colegio Máximo Cristo Rey, en la ciudad de México, y en la Universidad Laval, en Québec, donde obtuvo una maestría en Teología Pastoral. Es además licenciado en Filosofía por la Universidad Intercontinental de México, donde también cursa una maestría en Educación Superior. Imparte cátedra en la Escuela de Teología de la Universidad Intercontinental y en el Instituto de Formación Teológica Intercongregacional de México. Fue director de la Escuela de Teología y actualmente es Rector de la Universidad Intercontinental. Correo electrónico: scespinoso@uic.edu.mx

\*\* Licenciado en teología por la Universidad Intercontinental México. Estudios de posgrado en Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de México. Estudios en la licenciatura en Administración de Empresas y una maestría en Recursos Humanos. Actualmente es director de la Escuela de Negocios en la Universidad Intercontinental, catedrático de la Escuela de Teología en la Universidad Intercontinental y en otros centros de formación teológica. Correo electrónico: scespinoso@uic.edu.mx

Palabras clave: *Jesús, prácticas simbólicas, silencio, cercanía, comida.*

*Abstract*

*An intent to reinterpret Jesus' actions from a symbolic perspective is here presented; these actions bring into focus the small world, what has been neglected and is being sought again by a world in search for the balance between reason and what is different from reason. In front of a wealth of possibilities, the authors choose only three practices of Jesus: the silence, the proximity gestures and the meals. These actions express the option for communion, for life, for depth of meaning, for personal dignity, and at the same time they are a severe though subtle criticism of that which denies alterity, that relegates persons to a superficial life, that condemns them to an inhuman life (symbolics versus diabolics).*

Key words: *Jesus, symbolic practices, silence, proximity, meal.*

## INTRODUCCIÓN

El tema, por oportuno y relevante para nuestros días, es interesante y puede alcanzar reflexiones muy ricas y aportes muy frescos. Sin embargo, esta reflexión sobre la práctica de Jesús desde la perspectiva del símbolo no ha sido muy desarrollada y además se intuye como un tema muy vasto. En este espacio nos vamos a referir sólo a algunos aspectos de la simbólica que promueve Jesús, el referente que postula y la crítica simbólica que hace ante las prácticas culturales de su tiempo, todo sistematizado desde las funciones del símbolo. El objetivo es estimular algunas líneas de reflexión y abrir vetas de estudio y profundización para ulteriores reflexiones teológicas.

Abordaremos en un primer momento algunos rasgos del contexto cultural de nuestra época que proporcionan un piso común para nuestra reflexión. Posteriormente delimitaremos algunas funciones del símbolo desde su marco referencial, para centrarnos, en un tercer momento, en lo medular de este tema, es decir, en presentar algunos apuntes sobre las prácticas simbólicas de Jesús. Por último, intentaremos abrir algunas pistas de reflexión, con la invitación, que es a la vez un reto, para seguir reflexionando desde esta posición.

## RASGOS DE LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

La posmodernidad condensa una gama de rasgos que no son todavía del todo comprensibles. Aparece como una cultura de la ambigüedad que contiene en sí una serie de paradojas que no es fácil de entender y mucho menos de valorar. Por supuesto aquí no se pretende describir la posmodernidad en detalle, ni mucho menos hacer una valoración moral de la misma que podría sin duda conllevar un dejo de insatisfacción o de añoranza por otro modelo cultural en el que el cristianismo se situó mejor. Simplemente vamos a desentramar algunos rasgos posmodernos que nos permitan un acercamiento a esta cultura desde el pensamiento simbólico.

### La recuperación simbólica de la vida cotidiana

Una reacción congruente con la fallida pretensión moderna del bienestar, con la promesa incumplida de una era de civilización cómoda sustentada en la idea de progreso, de superación continua y por tanto de felicidad (fin de la historia), ha provocado la convicción de que los grandes relatos, las grandes ilusiones por las que hay que sacrificarlo todo, están en contradicción con la vida cotidiana y sencilla de quienes, día a día, tienen que asumir el malestar que provoca el vacío por la apuesta equivocada. Se revalora, entonces, aquello que se puede experimentar, aquello que ofrece placer, ya no la utopía inalcanzable sino la realidad más pedestre. Se privilegia el microrrelato, la cotidianidad más pura como único espacio y tiempo donde se juega la vida.

Tiene importancia la vida concreta y sencilla, cobra valor la persona anónima, hay interés por asumir la responsabilidad personal frente a sí mismo y no frente a un meta-proyecto. El rechazo por el proyecto fundamentador de la razón instrumental, logocéntrico, permite la apertura hacia lo alternativo de la razón, *lo otro* de la razón, que se había mantenido tras bambalinas de la construcción de sentido y que no se consideraba sino una especie de acceso menor hacia la trascendencia y la civilización.

Se niega la trascendencia o el sentido fundado o construido sólo desde la razón, pero se estimula una apertura aventurada por aquello *otro* de la razón. Juan Martín Velasco le llama a este rasgo cultural de la inmanencia que refleja una cierta paradoja: “la trascendencia sin trascendente” (cfr. Velasco, 1996: 46ss).

Esta constante de nuestro tiempo se manifiesta positivamente en la apertura y revaloración por el presente, por lo pequeño, por los contextos y por la inmediatez. Este rasgo nos parece positivo, si lo mantenemos alejado de dos extremos posibles: por una parte, se encuentra el extremo de querer sustituir lo concreto, lo cotidiano y lo simple por otro metarrelato, por la entrega a una trascendencia exterior e impuesta, aun a costa de toda la vida (“soy totalmente palacio” aunque no sea otra cosa). Por otra parte, tenemos la entrega de toda la vida a lo inmediato, sin importar nada más. No es la entrega a un proyecto externo, sino la entrega hacia la inmediatez; es encerrarse en el aquí y el ahora.

Librando estos dos extremos, la cultura posmoderna –que recupera los intersticios entre “algo” y “algo”, entre logro y logro, que recupera las narraciones de vidas simples– nos ofrece una revaloración de lo cotidiano, de las cosas “sin importancia”, que en realidad son la vida misma. No hay grandes momentos, no hay superhéroes, no hay fundamentos externos ajenos a la propia persona, a su tiempo y a su espacio, a su cotidianidad. Podríamos decir que los grandes momentos, los grandes triunfos, se logran ahí mismo, en ningún otro tiempo y en ningún otro espacio sino en el que se tiene a la mano. Se acaba el sueño ingenuo de tiempos mejores, de situaciones mejores, se hace de este tiempo el mejor tiempo y de esta situación la única y la mejor posible, en donde se juega todo, día a día, paso a paso: *¡Carpe diem!* Es una vuelta a los personajes anónimos y al valor por lo concreto, por los fragmentos, por lo que se deviene en cada momento; es el disfrute por las cosas, sin la pretensión de una apertura trascendente. Por esto se revalora el cuerpo, las sensaciones, el placer y cada uno de los momentos de la vida.

Los momentos que se consideraban insignificantes son descubiertos como los que constituyen el grueso de la vida y por lo mismo cada vez se está menos dispuesto a sacrificar dichos momentos en aras de los “grandes ideales” de la vida. Se empieza a revalorar lo cotidiano y lo sencillo, lo pequeño y lo simple, el microrrelato y el fragmento.

La razón, en su intento por comprender la realidad, la reduce a conceptos estables y así rompe con la espontaneidad del ser humano, niega o devalúa la cotidianidad, lo momentáneo, lo fatuo. La razón niega toda experiencia más allá de sí misma y por tanto niega todo otro instrumento capaz de orquestar o aportar sentido. Desde esta perspectiva parece que la

auténtica experiencia religiosa y el arte son los últimos bastiones de la conjunción de la razón objetiva con *lo otro* de la razón.<sup>1</sup>

### **La simbólica de la mercadotecnia**

Sin embargo, en la cultura posmoderna existe una valoración excesiva por una simbólica de la publicidad. Una cultura de la imagen que se centra en el *slogan* y en la publicidad. Se presenta una inclusión instrumental de la capacidad simbólica de la persona. Se manifiesta en la revaloración por lo lúdico, lo alternativo, el espectáculo; es la condensación de todos los sentidos de manera instrumental y rentable. Hasta la guerra hay que verla en pantalla de cuarenta pulgadas.

La mercadotecnia ha sabido comercializar esta experiencia desde los sentidos y hace rentable una cierta fascinación por la imagen, por los sonidos, por las emociones y por la apertura hacia otros aspectos más atractivos que los identificables con la razón.

A pesar de una posible manipulación del símbolo por parte de la mercadotecnia, parece que se está buscando una nueva resimbolización o resignificación de lo fundamental (Castiñeira, 1992: 147), de la experiencia auténtica. Pero antes de escudriñar este aspecto desde Jesús de Nazaret tenemos otra tarea.

### **ALGUNAS FUNCIONES DEL SÍMBOLO**

Ya tenemos el piso para nuestra reflexión. Ahora la tarea consiste en delinear algunos elementos o funciones que tiene el símbolo. Estas funciones nos van a permitir analizar y comprender, más adelante, la simbólica de Jesús.

### **El símbolo se sitúa en medio de la vida concreta**

El símbolo es una expresión cultural que se sitúa con referentes materiales tomados de la vida, del contexto en que se vive y apunta a referentes que se pueden entender y compartir. Por ejemplo, una paloma suelta al aire en

---

1. Es necesario advertir con la doctora Solares, que incluso "el arte se mercantiliza y la religión se ideologiza", con lo cual se pervierte esta significación profunda, más allá de la razón sola que poseen (cfr. Solares, 1995).

tiempos de guerra no necesita explicación: tanto la materialidad como el referente están perfectamente claros. Este mismo símbolo no hubiera funcionado en la Edad de Piedra, por poner un caso extremo.

Hay que considerar que el símbolo no goza de permanencia eterna. Cuando un símbolo se absolutiza y permanece intacto ya no da qué pensar ni qué vivir, va caminando hacia su muerte. Sin referente material y sin referente trascendente el símbolo pierde sentido. Esto implica que siempre existan personas que reconozcan el símbolo, que lo interpreten y les signifique algo. Jamás es mera repetición.

El símbolo expresa visible y concretamente experiencias fundamentales de las personas y de las comunidades, organizadas en sistemas de significantes interconectados. Contiene una materialidad, pero refiere a una significación más amplia y trascendente, es decir, que no se agota en los objetos, espacios o tiempos que sirven de mediación; se completa, por decirlo de algún modo, en la búsqueda de aquello que le da origen. Por tanto, los símbolos tienen una materialidad y un referente o significado que son compartidos por la comunidad, porque sin esto perderían su razón de ser; se sitúan en medio de la vida y pretenden restituir un cierto orden.

### **El símbolo mueve dimensiones y capacidades de las personas**

Para caracterizar al símbolo podemos mencionar algunos rasgos que se incluyen y se ponen en movimiento dentro de la sensibilidad y el pensamiento de los seres humanos, que tienen capacidad simbólica:

- Conocimiento por participación, por experiencia.
- Los sentidos tienen primacía: la imagen, los sonidos, los olores, la palabra, el entorno que se percibe, las emociones y los humores. Todo está incluido.
- Se promueve una mayor sensibilidad a los signos, una receptividad intuitiva que estimula la imaginación.
- Se crean vínculos analógicos hacia lo invisible, lo espiritual o lo trascendente (Babin, 1990: 181).

Esta constelación de implicaciones a partir del símbolo está perfectamente identificada en nuestra cultura, como consta por su empleo en la

publicidad, en los *video clips* y en el espectáculo de los medios masivos de televisión.

### El símbolo como crítica mordaz y sutil

Por otra parte, el símbolo ejerce una función crítica. Cuando la deconstrucción de una práctica o de un sistema ideológico y sus acciones concretas se hace desde la simbólica, ésta resulta tan mordaz y severa como sutil y silenciosa. No es la discusión argumentativa; no es el conflicto de discurso a discurso; ni siquiera es la diplomacia que trata de acordar algo.<sup>2</sup> Es la instauración de otra práctica que sabe asumir lo que de bueno y humano hay en los rasgos culturales, pero no se deja devaluar y encasillar en intereses particulares y excluyentes.

Al proponer e incluir algún aspecto negado desde la simbólica prevalente, la nueva simbólica está deconstruyendo una práctica que no alude a significaciones comunitarias, sino que sirve a intereses particulares, quizás incluso perversos. Por ejemplo, en nuestros días la mercadotecnia, el *slogan* y la publicidad nos invitan a una actuación concreta: la compra de ciertos productos. Se utiliza la dimensión simbólica de la comunidad y se le arrastra a la mercantilización. El símbolo no es igual al *marketing*, como dice Casaldáliga, ni la poética es igual al *slogan*. Mientras el símbolo da qué pensar, el *marketing* da qué comprar. Atrás hay diferentes significantes, pero se utiliza la capacidad simbólica del ser humano para una u otra significación.

Esta vuelta por *lo otro* de la razón que incluye el símbolo debe cuidar los dos extremos riesgosos. No habrá que entregar la capacidad simbólica del hombre a una voluntad mercantilista ni a una intención argumentativa. Así como existe una falsa sensibilidad estética en el arte *kitsch*, hay una falsa dimensión simbólica, devaluada, por el *marketing*. El *marketing* maquilla la inmundicia de la vida, pero la reproduce porque pone al servicio de un interés comercial la función más original del símbolo.

---

2. Asistimos al fracaso y derrumbamiento de la diplomacia, que ha demostrado mucho de su inutilidad mientras se aparte de la honestidad y la coherencia.

## En conclusión: para repensar lo sagrado hay que recurrir a *lo otro* de la razón

Actualmente, en la búsqueda por repensar la religión más allá de la razón, o como la llama Derrida (1997: 7ss), retomando un título de un libro de Kant, "la religión en los límites de la razón", se abren las puertas para repensar la religión, lo sagrado, la experiencia de Dios, la fe misma, desde la inclusión de *lo otro* de la razón.

Sin embargo, tampoco es una apertura ingenua. Hay que considerar y no olvidar la advertencia muy específica que nos hace Gargani:

¿Lograremos todavía alcanzar el nivel de una fuerza inimaginable para tejer un discurso sobre la religión, o estaremos destinados al balbuceo de quien pretende o se obstina en hablar de religión, al tiempo que le remuerde la conciencia especulativa porque tiene la impresión de dar un salto en el vacío desde el momento que no sabe encontrar el camino de la referencia semántica y epistemológica a Dios? (Derrida, 1997: 156)

Nosotros, los cristianos, invitamos a este salto al vacío de la razón. Este salto significará la inclusión de aquello *otro* de la razón que ya está incluido en la religión y en la experiencia religiosa, y que precisa de ser sistematizado, pero también precisa ser saboreado. Invitamos a la inteligencia a esta "danza en el abismo" (Nietzsche) para que redescubra dimensiones escandalosas, pero plenas de sentido o viva locuras irracionales, pero cargadas de libertad. Esta divertida emoción de simbolizar e incluirnos en el símbolo la vamos a rastrear ahora en Jesús de Nazaret.

## LAS PRÁCTICAS SIMBÓLICAS DE JESÚS

*...Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice ¿qué buscáis? Ellos le respondieron "Rabbi, ¿dónde vives?" Les respondió: "Venid y lo veréis."*

Podemos afirmar que todo el Evangelio está lleno de prácticas simbólicas. Sin embargo, es necesario precisar cuáles son, en qué consisten y hacia dónde nos conducen. Aquí vamos a tomar algunos sucesos narrados en los evangelios con una carga simbólica muy fuerte; esto nos permitirá descubrir en qué consisten las prácticas simbólicas de Jesús y así sistematizar algunas reflexiones sugerentes.

Es necesario establecer un pequeño método. Primero, recuperamos los hechos, los situamos en toda su escenografía: habría que imaginar los sonidos, las modulaciones de las voces, la apreciación del entorno, las funciones de cada persona que interviene en la escena, los movimientos, el contacto etc. Es preciso reconstruir la imagen completa. Segundo, analizamos la novedad propuesta en la práctica de Jesús, lo que ahora conocemos como parte de la Buena Nueva de Jesús. Por último, describimos la contundente crítica que está realizando.

### **El silencio**

Los discípulos de Emaús presentan a Jesús como un profeta poderoso en palabras y obras (Lc 24, 19) y ante sus oyentes Pedro dice que Dios acreditó a Jesús con milagros, prodigios y señales (cfr. Hch 2, 22). Esas palabras y obras están atestiguadas en los evangelios y sus consecuencias aparecen por todo el Nuevo Testamento y en la vida misma de la comunidad. Sin embargo, quiero invitarles a contrastar las pocas palabras de Jesús que conocemos con el profundo silencio en que Jesús parece estar inmerso.

Con excepción de los relatos de infancia, los evangelios comienzan la historia cuando Jesús tenía unos treinta años, al decir de Lucas (3, 23); treinta años de silencio, que a pesar de los intentos por encontrar palabras y obras prodigiosas, intentos plasmados en los escritos apócrifos y en las supuestas revelaciones privadas de todos los tiempos, son sólo eso: silencio.

Es cierto que tendríamos que atribuir mucho de dicho silencio al hecho de que los evangelistas no hayan querido narrar lo cotidiano de la vida de Jesús. Pero no es menos cierto que tras ese profeta poderoso en palabras y obras se nos muestra un hombre habituado al silencio; un hombre que guardó tres décadas de silencio antes de hacer oír su voz; un hombre que se retiraba a los lugares solitarios para pasar allí la noche en oración (Lc 5, 16); un hombre que ante las acusaciones de sus detractores, ante los gritos de la muchedumbre, ante la condena de sus jueces, ante los tormentos de su camino doloroso y sus horas de agonía en la cruz, prefirió el silencio (Mc 14, 61; 15, 5 y par; cfr. Mc 15, 29-32 y par).

Muchas veces el silencio puede ser fuga de la realidad o ensimismamiento, pero no aparece así en el caso de Jesús. Jesús sabe estar en medio del mundo, plenamente insertado en la vida, cercano a su cultura y a lo

cotidiano de la vida de su época; conoce los detalles del quehacer de sus contemporáneos, aun esos detalles que nos pueden parecer banales, como lo deja ver en sus parábolas. El silencio de Jesús es silencio en busca de profundidad. Nos recuerda al silencio de María, quien escuchaba a los que le rodeaban y veía a su hijo crecer en sabiduría, en tamaño y en gracia, y “guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19. 51).

El silencio de Jesús en este sentido parece apuntar hacia una plena conciencia de la vida, desde la soledad de quien la vive, y de ahí surge una pasión por ella, que después se manifiesta en palabras que necesitan de ese símbolo verbal que es la parábola (Mt 13, 34) porque están preñadas de densidad, y se manifiesta también en acciones, que identificamos como simbólicas, por ser polisémicas.

El silencio de Jesús lo abre a la profundidad de la vida humana, le pone en la ruta de la más cumplida conciencia de sí mismo y le confronta con el misterio del Innombrable.

En el silencio Jesús se encuentra con el Dios del Reino, a quien puede llegar a llamarle *Abbá* (Mc 14, 36), y en él se descubre como Hijo (Mt 11, 25-26 y par) con la misión de servir ese Reino hasta dar la vida por todos (Mc 10, 45; 14, 24 y par), pues a todos los encuentra como destinatarios de la acción salvífica de su Padre (Mt 18, 14). Estas no son cosas que se aprendan en el aula o se lean en un libro; sólo pueden brotar de la matriz del silencio.

Si me atrevo a comenzar esta reflexión por el tema del silencio, es porque me parece fuertemente simbólico frente a la superficialidad y el ruido que nos acosan.

El silencio se tornará en el símbolo de la recuperación de las prácticas culturales desde una perspectiva más holística e intuitiva por lo trascendente, por lo bello, por lo justo y por lo bueno para las personas. Esto se empieza a degustar en el silencio.

Quizás parezca atrevido, pero considero que el silencio acompaña por necesidad a toda encarnación (asunción de la carne y de la historia), a toda pasión verdadera (aquello por lo que vale la pena vivir y morir), y a toda muerte y resurrección (aceptación de la propia finitud y esperanza de la trascendencia), pero de este modo comprendo el silencio de Jesús.

Podríamos decir que la actuación pública, manifiesta, “ruidosa” de Jesús es memoria de su silencio. La experiencia profunda de Dios y de lo de Dios

queda simbolizada en el recuerdo del silencio. Mardones dice que “el símbolo es el habla que tiene memoria del silencio” (2003: 58).

La experiencia del Reino se materializará en la práctica simbólica de Jesús como anámnesis de ese silencio o degustación de la armonía que viene de Dios.

Jesús es poderoso en palabras y obras, porque es poderoso en el silencioso encuentro con Dios, consigo mismo, con toda la humanidad y con la creación entera.

La crítica que emana de este símbolo callado suena muy fuerte en nuestros oídos: toda palabra que no brota del silencio, nace sin vida.

### **Gestos de cercanía**

Dice San Juan, que la Palabra se hizo carne (1, 14) y que por otra parte, nuestro testimonio es sobre lo que hemos oído, visto, contemplado y tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de vida (1 Jn 1, 1-2). Hay una comunión entre la Palabra y sus testigos que se logra a partir del uso de los sentidos, de donde brota todo el conocimiento, según el adagio escolástico (*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*).

Con todo, es preciso decir que esta comunión sensorial entre lo humano y lo divino ha sido iniciada por el mismo Jesús. Es él quien toca, impone las manos y abraza, mostrando la ternura de Dios para con los enfermos y los pequeños. Es él quien mira más allá de las apariencias y llega a conocer lo que hay en el fondo del corazón del hombre. Es él quien escucha y comparte la vida de su pueblo.

En Jesús Dios no pone distancias entre sí y los suyos, sino parece brincar todas las barreras construidas por los seres humanos, que tratan de poner a Dios en el más allá y esperan tan sólo su intervención puntual y momentánea para castigar a nuestros enemigos o premiar nuestras buenas acciones.

En Jesús Dios se nos muestra sensible y cercano. Son sus entrañas de misericordia las que le mueven para extender la mano hacia el leproso y tocarlo sin llegarse a contagiar, ni apropiarse la impureza legal del enfermo, sino generando salud y vida (cfr. Mc 1, 40-44 par). Ante el miedo humano al contagio Jesús opone la fuerza saludable del Reino, definitivamente más poderosa que la del mal.

La mirada penetrante de Jesús, su abrazo cariñoso, sus manos portadoras de salud acostumbran a los suyos a una nueva dimensión de la realidad. La simbólica del Reino va permeando casi sin sentirlo a sus mismos discípulos y acaban por poder leer a Dios en el cuerpo de Jesús.

Ya no parece extraño que la hemorroísa recupere su salud en el contacto con Jesús (Mc 5, 25-34 par); tampoco que los niños encuentren un lugar en su regazo (Mc 10, 13-16 par). Parece normal que haya mujeres que puedan llorar sobre sus pies (Lc 7, 36-38) o ungirle con perfume su cabeza (Mc 14, 3-4 par). El discípulo sabe que puede saludarle con un beso, aunque en él esconda su traición (Mc 14, 44-45 par), o meter sus dedos en los agujeros de los clavos para encontrar respuesta para una fe resquebrajada (Jn 20, 24-29).

Ni siquiera parece extraño que el Hijo del Hombre sea arrestado, empujado, maniatado, abofeteado, escupido, flagelado, ultrajado, desgarrado, clavado, traspasado y desechado como basura. El dejarse tocar de Jesús conlleva el riesgo de la violencia física, junto a las demás formas de tortura, y Jesús crucificado, el varón de dolores, es símbolo de solidaridad y de esperanza para tantas víctimas de este mundo.

Sólo quien ve de veras acaba por creer. San Marcos en su Evangelio juega incesantemente entre ese ver a medias que sólo produce confusión y el verdadero ver que incita a la confesión de fe y al seguimiento. Cito tan sólo un texto: "El centurión que estaba frente a él, *viendo* cómo expiraba, dijo: 'Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios'." (Mc. 15, 39)

Estos gestos de Jesús, este tocar y dejarse tocar, este ver y dejarse ver, este oír y dejarse oír, acaban con una diabólica de la lejanía y la separación, acaban con lo sagrado en cuanto apartado y distante y ponen el Reino de Dios, y al Dios del Reino, en estrecho contacto con todos, sin exclusión, con hombres y mujeres, con adultos y niños, con sanos y enfermos, con justos y pecadores.

Los gestos de Jesús instauran una simbólica de cercanía, pero de no mera yuxtaposición, sino de comunión que brota de la ternura, la compasión y la misericordia divinas.

Dios no está más allá, al menos no está sólo más allá, sino que está aquí y está en forma de caricia y de mano extendida para sanar, en forma de atenta escucha y de mirada penetrante.

Queda descalificada la desconfianza ante lo divino. También quedan descalificados la espiritualización de la fe y el menosprecio de lo corpóreo. La simbólica de Jesús reconoce, como la sensibilidad posmoderna, lo crucial de cada instante y lo valioso de cada persona, pero –a diferencia de la posmodernidad– lo integra todo en la trascendencia misma de Dios.

La carne de Jesús es el sacramento de Dios y nos aparece como sacramento de cercanía, de ternura e intimidad.

### **Las comidas**

Los momentos en que las personas se reúnen para comer constituyen una práctica que condensa mucho simbolismo en cualquier cultura.

En tiempos de Jesús las comidas tenían una serie de normas y condiciones de participación. Se encuentran ahí expresadas, entre otras, la simbólica del sistema de pureza (como pretensión de establecer orden e inteligibilidad al mundo que le rodea) y la simbólica del honor (consideraciones que reivindican a la persona en medio del grupo o de la sociedad y el reconocimiento de parte de ellos) (Aguirre, 1994: 45ss). En las comidas se configuran las relaciones entre las personas y las condiciones respecto de la pureza, lo sagrado y, por tanto, de la honorabilidad y la dignidad personal.

Jesús comparte estos mismos rasgos simbólicos y estas acciones de su tiempo. Las comidas de Jesús en los evangelios tienen una importancia fundamental. Además de la gran cantidad de narraciones que nos presentan a Jesús compartiendo la mesa, estas comidas reflejan mucho de su actuación, de sus valores, de sus referentes y de Dios mismo. Todas las comidas de Jesús tienen un contenido especial y un significado como clave de comprensión de la propuesta de Jesús y de sí mismo.

Hay comidas con fariseos (Lc 7, 36-50; 11, 37; 14, 1) y también con publicanos (Mc 2, 13-17; Mt 9, 9-11); hay comidas con sus amigos (Mc 14, 3-9; Lc 10, 38-42) y hay comidas con sus antagonistas (Lc 14, 1); hay comidas con los discípulos (Mt 8, 14-15; Mc 14, 17-31) y con las multitudes (Mc 6, 30-44 y 8, 1-9 y par). A veces Jesús es invitado (Lc 5, 29; 7, 36; Jn 2,2; 12, 2), a veces se hace invitar (Lc 19, 5; 24, 28-30; Jn 4,7), y a veces él mismo invita (Jn 6, 5; 7, 37; Mc 14, 12ss y par; Jn 21, 9-13).

Las comidas de Jesús recuperan la vida de las personas en la acción que va más encaminada a simbolizarla. En Jesús encontramos la frescura de

quien se siente cómodo en medio de los comensales. No parece gratuito el reproche de que es comelón y bebedor (Lc 7,34), pero ciertamente no se queda ahí. Además de disfrutar las comidas, las redimensiona con sus actitudes y actos concretos. Se sienta a la mesa con personas marginadas, mal vistas e incluso rechazadas y sin necesidad de decírselo, les restituye una dignidad impensada, en forma inesperada.

Él desencadena un proceso de humanidad nueva, que arranca desde la incomodidad y la incapacidad y llega hasta la intuición de que *esto está bien así*. Se percibe que hay sentido en esta descalificación al sistema de pureza que está haciendo Jesús. Por supuesto, no es la locura por la locura. Jesús no rompe un sistema de comensalidad por el simple placer de hacerlo. Hay una razón mucho más grande atrás que ya está llameando en quien se ha sentido incluido. El que puede sentarse a la mesa con Jesús acaba por descubrir que es mucho más de lo que él mismo se había podido imaginar y que es reconocido más allá de lo que habría podido soñar.

Esta acción simbólica de Jesús tiene, pues, una función crítica. Al restituir la dignidad de personas y resignificar los referentes de las comidas como “encuentros de humanidad” realizados en el nombre de Dios, existe la contundente y callada destrucción de un sistema que tergiversa esto.

Desde la mesa compartida con los publicanos y pecadores, acompañamos a Jesús a través del camino que nos lleva por la comida multiplicada para saciar a las doce tribus de Israel y a todos los pueblos de la Tierra; con él descubrimos que el pan de los hijos deja caer migajas que pueden comer los perritos; él nos alerta sobre la levadura de los fariseos y viaja con nosotros como el único pan que llevamos en nuestra barca, pero en contraste con el banquete excluyente de los poderosos desembocamos en una cena en la que Jesús agradece a Dios por el pan, que es su vida, y se dispone a partirlo y entregarlo a sus discípulos y a todos, sin exclusión, para que sea consumido dando vida.

La fracción del pan, la cena del Señor, la mesa compartida, anticipación de la entrega total en la cruz, es el símbolo por excelencia para los seguidores de Jesús. No hay memoria más subversiva que la que ocurre en el banquete eucarístico.

## UNA CONCLUSIÓN QUE NO QUIERE CERRAR, SINO ABRIR

Los retos concretos que se quieren compartir aquí están en la línea de reinterpretar las acciones de Jesús desde la simbólica porque recuperan lo pequeño: lo pequeño que ha estado de menos. Se trata de reinterpretar desde lo que la razón ha dejado de lado, pero no para instaurar otra tiranía, sino para buscar el equilibrio entre la razón y *lo otro* de la razón.

En concreto, ahora vamos a recuperar algunos puntos que hemos venido reflexionando.

87

### En cuanto al silencio

El silencio simbólico de Jesús, como hemos visto, no es un silencio como ausencia de ruido, ni fuga de la realidad. Es un silencio cargado de sentido. Es un silencio que recupera lo sencillo de la vida, los momentos de cotidianidad más absoluta y ahí en medio de ese silencio de la vida se intuye la Vida. Y entonces sí, cuando se ha intuido la Vida, no es posible callar y se tendrá que hablar algo, y sobre todo se tendrá que hacer algo, y eso que se haga será nuevamente un símbolo de un horizonte aún más amplio; eso que se intente balbucir será metáfora de algo más grande.

El silencio nos permite sentir como Dios anda por ahí en la vida, en lo sencillo. El silencio que nos posibilita ese encuentro es la matriz de la palabra significativa.

Para nuestra cultura posmoderna, el silencio de Jesús se vuelve símbolo de la necesidad de la superación de lo inmediato, símbolo de búsqueda incesante, de hambre de profundidad, de espacio de integración de los múltiples estímulos percibidos y acogidos en su irrepetibilidad...

### En cuanto a los gestos de cercanía

Vemos en las acciones de Jesús una dimensión de cercanía que nos azora, cuando estos gestos tienen como referente la ternura de Dios. Más allá del milagro, en cuanto algo que suscita mera admiración, se asoma un signo del Reino que invita a la comunión en la salud y en la vida plena.

Nos parece que hay que rescatar de la posmodernidad su valoración del momento presente, pero no la tentación de quedarse en él, sino de verlo como sacramento de encuentro con un Dios que habla en lo pequeño y se

nos acerca para ver, para oír y tocar nuestra insignificancia y nuestras heridas, devolviéndonos dignidad y salud.

### **En cuanto a las comidas**

88

En cada comida Jesús operó la recuperación de los rasgos culturales y simbólicos de su tiempo, pero redimensionó el compartir los alimentos al hacer de este acto una metáfora de inclusión; hizo de las comidas una herramienta de humanidad, abriéndolas hacia la trascendencia y prefigurando así el banquete del Reino. Desenmascaró el sistema excluyente y denigrante que favorecía a algunos en las comidas, en detrimento de otros. Todo esto parece ya suficiente y nos hace sentir entusiasmo. Pero hay que añadir que las comidas de Jesús simbolizan la comunidad en torno al pan compartido, la vida que se genera al consumirlo. A fin de cuentas, la comida es Jesús mismo. Él es el pan que compartimos, que se nos entrega, que se destruye para nutrirnos. El que se sienta a la mesa con Jesús, come a Jesús, lo hace en fraternidad, e intuye que si quiere seguir en esa compañía tendrá que aprender a dejarse comer por los demás. Esta suerte de antropofagia cristiana no es otra cosa que la entrega de la vida por el otro. “En eso reconocerán que son mis discípulos.”

### **Invitación y reto**

Como se ha apreciado, las prácticas simbólicas son fascinantes. Condensan en sí toda una serie de disfrute y gozo por las condiciones culturales, por la vida en todas sus manifestaciones. Estas acciones están cargadas de propuestas en favor de la comunidad, de la vida, de la dignidad de las personas, al tiempo que hacen una severa y sutil crítica de aquello que en la práctica está negando al otro, que le relega de su condición humana y le somete a una condición infrahumana (la simbólica contra la diabólica).

Fascina la reflexión que hemos podido extraer de estas prácticas simbólicas, y además fascina el modo en que se realizan. La narrativa de los evangelios, que nos introduce a la intriga que se desenvuelve en la vida de Jesús, en la de los personajes y en la del lector que se incluye al leer el texto mueve no sólo a la reflexión que la sistematiza, sino sobre todo al seguimiento y a la creatividad para completar el símbolo.

El símbolo es como una moneda partida en dos, cuya imagen total sólo la tendrá quien puede juntar las dos partes. Así pues, el lector que se enfrenta al relato desde esta clave de lectura puede llegar a conocer el otro pedazo de la moneda, el que Jesús posee, y puede encontrar ahí el referente por el que Jesús vivió y murió.

El lector del relato evangélico que intuye la simbólica de Jesús se convierte en el creyente que asume su tarea de completar vitalmente el círculo simbólico que ha abierto el mismo Jesús. Siempre quedará un remanente por descubrir. Por eso, que nadie nos quite el placer de desentrañar la intriga histórica de nuestros días al estilo de Jesús.

La fascinación por la simbólica de Jesús no acaba; apenas empieza en la recreación de ésta. Por esto decimos con Ricoeur que el símbolo da qué pensar, con Valadier decimos que el símbolo da qué vivir, y con Nietzsche decimos que el pensamiento simbólico da qué vivir en libertad y decisión. Pero con Jesús vamos más allá, pues el símbolo da qué vivir desde la perspectiva de Dios, da qué vivir en humanidad hacia la plenitud y la comunión y, por si fuera poco, Jesús nos ofrece su simbólica desde una estética que nos permite disfrutar la vida. Esto, sin duda, es escándalo y locura para nuestra cultura, pero es fascinación y belleza para estos días difíciles de entrega a proyectos exteriores o vaciamiento de todo.

Las prácticas simbólicas de Jesús son búsqueda de realización de lo humano, provocan la plenitud que viene acompañada de disfrute y de realización, son inmersión de lo divino en la existencia más cotidiana. Desde esta fascinación nos queda el agradecimiento por lo bueno, la intuición por lo verdadero y la suave sensación por lo bello, todo en Jesús.

## **BIBLIOGRAFÍA**

AGUIRRE, R., *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*, Sal Terrae, Santander, 1994.

BABIN, PIERRE, *La era de la comunicación. Para un nuevo modo de evangelizar*, Sal Terrae, Santander, 1990.

CASTIÑEIRA, ÁNGEL, *La experiencia de Dios en la posmodernidad*, PPC, Madrid, 1992.

DERRIDA, J., VATTIMO, G. (EDS), *La religión*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997.

GARGANI, A., "La experiencia religiosa como acontecimiento e interpretación", en DERRIDA, J. Y VATTIMO, G., *La religión*, Ediciones La Flor, Buenos Aires, 1997.

MARDONES, J. M., *La vida del símbolo. La dimensión simbólica de la religión*, Sal Terrae, Santander, 2003.

SOLARES, BLANCA, *Tu cabello de oro Margarete... Fragmentos sobre odio, resistencia y modernidad*, UIC, Porrúa, México, 1995.

VELASCO, JUAN MARTÍN, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, UIA, México, 1996.